



El ermitaño Thomas Rydahl



Índice

Portada
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34

Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51
Capítulo 52
Capítulo 53
Capítulo 54
Capítulo 55
Capítulo 56
Capítulo 57
Capítulo 58
Capítulo 59
Capítulo 60
Capítulo 61
Capítulo 62
Capítulo 63
Capítulo 64
Capítulo 65
Capítulo 66
Capítulo 67
Capítulo 68
Capítulo 69
Capítulo 70
Capítulo 71
Capítulo 72

Capítulo 73

Capítulo 74

Capítulo 75

Capítulo 76

Capítulo 77

Capítulo 78

Capítulo 79

Agradecimientos

Notas

Créditos

Te damos las gracias por adquirir este EBOOK

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Próximos lanzamientos
Clubs de lectura con autores
Concursos y promociones
Áreas temáticas
Presentaciones de libros
Noticias destacadas

**Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:**

Explora Descubre Comparte

1

Luisa*31 de diciembre*

Es Nochevieja. Erhard, un poco borracho después de haberse tomado un lumumba triple, decide que va a buscarse una novia nueva. Quizá «nueva» no sea la palabra adecuada. La chica no tiene que ser ni guapa ni dulce. De hecho, ni siquiera hace falta que sea divertida. Sólo tiene que darle un poco de calor. Como una de esas chicas que se sienten las reinas de su casa. De esas que siempre tararean una canción o le echan la bronca al marido porque se le ha caído un poco de cacao al suelo. ¿Qué más podría pedir? No mucho. ¿Y qué tiene él para ofrecerle a una mujer? No mucho. El tiempo sólo complicará las cosas; dentro de un par de años esa mujer también tendrá que vaciarle el orinal, afeitarle la barba y quitarle los zapatos cuando vuelva a casa después de un día entero al volante, si es que para entonces todavía puede seguir conduciendo. Dentro de un par de años.

Parece como si el lado de la montaña que queda a unos metros de la casa hubiera desaparecido. Todo está oscuro. Si sigue sentado durante unos minutos, verá aparecer las estrellas. Y, si se queda quieto un rato más, verá el fino halo que desprenden las estrellas fugaces al cruzar el firmamento. El silencio aumenta y ahoga el calor que ha hecho durante el día. Las piedras siguen crujiendo sutilmente, el viento constante sopla en do mayor, las olas embisten la costa y suenan como un bajo. Erhard nota cómo la sangre fluye por sus venas. El silencio hace que, durante toda la

noche, tenga unas ganas tremendas de llorar. El silencio es tan rotundo que se fusiona con la noche y con los ojos abiertos de Erhard, aunque parezca que los tenga cerrados. Por eso le gusta vivir tan lejos de todo. Donde nunca hay nadie. Solo él. Y *Laurel y Hardy*. Ahí están las estrellas y, aunque siempre han estado en el cielo, nunca las había sentido tan cerca. Al principio, ve sólo unos puntitos, luego aparecen los signos del zodiaco y el cinturón de Orión... Después toda la galaxia, que parece un viejo mapa perforado que almacena ecos del Big Bang.

Hace diecisiete años y nueve meses desde la última vez.

Olfatea y nota el perfume de Beatriz en su camisa, justo en el lugar donde ella le rozó con la mano cuando se despidieron esa misma tarde. Le había invitado a ir con ellos por la noche. Había sonado como una propuesta hecha a medias, con desgana.

—Tengo otro plan —había contestado a regañadientes, como solo saben hacerlo los viejos.

—Venga, hombre, ánimo —le había insistido ella con dulzura.

—No, gracias. Es demasiado elegante para mí.

Eso era verdad. Beatriz no comentó nada al respecto. Pero Raúl sí:

—Tú eres una de las personas más elegantes que conozco.

Pero ya no se volvió a hablar más del tema. Cuando empezaron a sacar las copas de champán, besó a Beatriz en la mejilla, le deseó felices fiestas y bajó a la calle. Raúl se fue con él.

—Buen viaje —dijo Erhard al salir y toparse con una multitud.

Silón, el tendero, les deseó un feliz Año Nuevo desde la acera de enfrente. Es probable que se lo deseara sobre todo a Raúl, allí todo el mundo le conoce. Erhard se acercó al coche y volvió a notar la inquietud que siempre le acechaba por esas fechas. Un año más, igual al anterior; otro año que también se ha hecho de rogar.

«Salud, amigo mío. Está bien cargadito de coñac.» Le quema por dentro hasta llegar al estómago. La noche es cálida. Siente el cuerpo chispeante y caliente. Quizá porque esté pensando en Beatriz y en esa zona donde se separan sus pechos y se esconden bajo la camisa. La fragancia que desprende también sale de ese lugar. Joder. Intenta no pensar en ella. No debería perder el tiempo fantaseando con esa muchacha.

La hija de la peluquera. En ella sí que puede pensar. Tiene algo especial.

Nunca la ha visto en persona. Sólo una vez, y de lejos. Pero muy a menudo mira una fotografía suya colgada en la peluquería. Piensa en ella. La imagina en situaciones cotidianas. Pequeñas escenas, como el momento en que la chica entra en la peluquería y la campanilla de la puerta suena a sus espaldas. Se la imagina sentada delante, apoyada sobre la mesa mientras él termina su cena. O en la cocina, la de él, preparando algo que humea y salpica sobre los fogones. En realidad, es demasiado joven para él y seguramente tenga intereses muy diferentes a los suyos. Además, tampoco es su tipo de mujer. ¿Qué le dice un hombre a una muchacha así para impresionarla? Seguro que ni siquiera le gusta cocinar. Debe de ser de esas que se pasan las horas hablando por teléfono con sus amigos, como hacen todos los jóvenes hoy en día. A lo mejor, para cenar, come los fideos directamente de la caja de cartón y sin levantar la vista de la pantalla del ordenador. En la foto de la peluquería es una adolescente: parece la inocencia personificada, con abundantes rizos y unas enormes gafas masculinas. No es guapa, pero tampoco es de las que pasan desapercibidas. Ahora debe de rondar los treinta años, y, por lo visto, sigue siendo una chica dulce y lista... Pero, claro, eso es lo que dice la madre, y vete a saber si es verdad. La única vez que vio a la chica la reconoció enseguida por su melena rubia y rizada. Estaba cruzando la calle, andaba con la espalda muy recta y llevaba un bolso colgando del hombro; parecía una mujer segura de sí misma. Cruzaba deprisa porque un coche pasaba a gran velocidad. No era elegante,

parecía incluso un poco patosa. Erhard no sabe muy bien por qué piensa tanto en ella. Será cosa de esta isla, que lo devora por dentro. El viento gime cuando choca contra las rocas y al doblar las esquinas. Es como una melodía solitaria que se repite constantemente en el piano.

La culpable de todo este lío es Petra. Y su voz tan escandalosa y estridente. La voz con la que trata de apaciguar a los clientes de su peluquería. A veces dice cosas razonables y a veces contradictorias, sin importarle que uno esté hojeando una revista o leyendo un artículo sobre el equipo de fútbol de la isla. Una mujer dura que cree que el cariño se tiene que exigir. Le masajea la cabeza a Erhard sin dejar de hablarle de su hija. Le cuenta cosas como que la niña se ha ido a vivir sola, que se ha comprado una moto, que ha conseguido un cliente nuevo, que ha dejado a su novio y que le encantaría tener nietos. A ella. A la hija no. Y, hace unos meses, de repente le soltó: «Ojalá mi hija saliera con alguien como tú». Así, tal cual. Lo dijo mirándole a los ojos a través del espejo. Y luego: «Mi hija no es como las demás, pero tú tampoco lo eres». Se habían reído un poco con ese comentario. Más ella que él, la verdad.

Erhard se había quedado pasmado. Nadie debería soltar una cosa así y quedarse tan ancho. Vender a su hija de esa manera, delante de sus narices. ¿Qué significaba? ¿Ahora se suponía que tenía que invitarla a salir? ¿Acaso no sabe Petra cómo le llaman en la ciudad? ¿No se ha dado cuenta de que le falta un dedo? ¿Y no le parece importante la diferencia de edad? Se llevan, por lo menos, treinta años. Erhard debe de tener la edad de la madre, o incluso más. Pero la verdad es que Erhard se siente atraído por la situación. Una generación que echa una mano hacia atrás para estirar la próxima hacia delante, como ese dibujo de Escher que muestra dos manos que se dibujan la una a la otra. Cinco dedos en una mano y cinco en la otra. 5 + 5.

«Ojalá mi hija saliera con alguien como tú», había dicho. Alguien como él.

No él, sino «alguien» como él.

¿Y qué significa eso? ¿Que hay muchos hombres como Erhard? Hombres que han hecho lo mismo durante casi una vida entera, que son incapaces de dar el paso, que no se cuestionan nada. Un débil silbido que sale del culo del mundo; hoy aquí, mañana tan sólo el recuerdo de algo que olía muy mal.

Suenan los fuegos artificiales de la ciudad.

¿Y si lo hiciera ahora mismo? ¿Podría pasar por su casa y preguntarle si quiere salir a dar una vuelta? ¿Ahora mismo? Así ya está hecho. Sabe que el lumumba es lo que domina sus acciones. Sabe que el coraje le durará como mucho un par de horas, hasta que se le pase el efecto del alcohol. Son las diez y cuarto. Lo más probable es que esté en una cena llena de hombres jóvenes que lo saben todo sobre ordenadores. O puede que esté en casa, sola, igual que él. Tal vez esté mirando ese horrible programa de televisión que emiten cada año. La madre le ha explicado varias veces dónde vive su hija: «En uno de los edificios nuevos de la calle Palangre. Encima de la tienda de ropa para bebés». No pasaría nada si se asomara por allí para ver si está en casa. Para comprobar si la televisión o las luces están encendidas.

Se apoya en la pared exterior de la casa y descuelga un par de pantalones rígidos que tenía tendidos. Las cabras corretean y desaparecen en la oscuridad.

2

Baja por el caminito de Alejandro en dirección a la ciudad.

No debería ir por ahí. Ese camino destroza el coche. Ya ha tenido que reparar los ejes un par de veces. El mecánico, Anphil, no para de decírselo: «No vayas por la carretera del norte, ¿vale? Tampoco vayas por el camino de Alejandro. Tu coche no aguanta esos trotes. Tendrás que comprarte un Montero o uno de esos Mercedes nuevos si quieres ir por esos caminos, porque éste no los resistirá». Pero Erhard no quiere un Montero y, desde luego, no puede permitirse un Mercedes nuevo. De hecho, aunque pudiera, no lo querría. Él quiere el suyo, el que compró para la empresa y trajo de Marruecos. Quiere ese que tiene los asientos amarillentos y el pedal del acelerador tan rígido. A pesar de todo, decide ir por el caminito de Alejandro. Pasa cerca de la casa vieja de Olivia, donde ahora viven unos surfistas que dejan las tablas amontonadas sobre el tejado de la cabaña. También han improvisado un mástil en el que, al viento, ondean unas bragas rosas. Conviven un par de tipos y sus colegas. Algunas mañanas están sentados en el porche. Fuman tabaco en pipas enormes, le saludan con la mano y se parten de risa. Van fumados todo el día. Si a alguien se le ocurriera detener el coche para llamarles la atención, no podrían ni levantar el culo de esos muebles hinchables en los que viven. En ese momento, no hay nadie en la cabaña, no se ve luz. Deben de estar fuera, en la playa o en la ciudad.

Llega a la primera curva que bordea la costa, esa que tanto le gusta. Sobre todo cuando ha bebido y la embriaguez del coñac barato fluye por su cuerpo. Es un camino lleno de baches suaves y pequeñas piedras. Toda la carrocería tiembla. Pierde el control del coche cuando lo pone a

más de setenta. Nota el cosquilleo y sonrío. También se le escapa un pedo: eso ya no le hace tanta gracia. Hace años que le pasa y no puede remediarlo. Cuando tensa los músculos del estómago, una burbuja de aire recorre inmediatamente los intestinos para aterrizar en sus pantalones. Eso le produce alivio, pero también cierto dolor. Ahora el camino es descendente. Se acerca a la última curva. Los faros del coche iluminan una cabra que está en medio del camino. Erhard pasa a su lado y la observa por el espejo retrovisor. Se parece a *Hardy*, pero no puede ser él. No podría haber llegado hasta allí, jamás se alejaría tanto de casa. La cabra ya ha desaparecido en la oscuridad.

Está tan absorto en sus pensamientos que no ve llegar un coche de frente. Pasa a su lado como una sombra, demasiado cerca. Erhard escucha un golpe seco y ve el espejo retrovisor aplastado contra la ventanilla.

—Jodido novato —grita en danés, sorprendido de sí mismo. Parece que no se le han olvidado las palabrotas.

Se vuelve para ver el otro automóvil, pero la noche ya ha borrado sus faros rojos. No vale la pena salir para ver el destrozo. Simplemente, baja la ventanilla y recoloca el retrovisor. El espejo está roto, partido en ocho finísimas líneas: parecen las raíces de un árbol.

Un Montero negro. Seguro que era Bill Haji. Él vive un poco más arriba, en una mansión con caballos que parece un rancho. Todos saben que suele ir por el caminito de Alejandro como si lo persiguiera el mismísimo diablo. Conduce deprisa y con brusquedad. El corazón de Erhard debería estar acelerado, pero no es así. Será cosa del efecto anestésico del lumumba o de los nervios que siente ante la posibilidad de encontrarse con la hija de la peluquera.

Sigue el camino y llega a Corralejo. El calor parece desprenderse del asfalto. Algunos grupos de jóvenes tocan los cláxones y cantan a todo pulmón desde sus pequeños co-

ches. Conduce por la avenida principal, camino del puerto, para aparcar el coche en la calle Palangre. Estaciona como puede.

El plan es ir a casa de la hija de la peluquera y llamar a su puerta. Se ruboriza al imaginarse la cara de esa chica cuando lo vea allí de pie, en su entrada. «Buenas noches y buena entrada de año —dirá—. Te he visto en fotos, en la peluquería de tu madre.» Imagina que lleva uno de esos vestidos veraniegos con tirantes que resbalan y caen por los hombros. No le importa que lleve gafas. Él no es quisquilloso.

Sin embargo, cuando llega a la tienda de juguetes, ve que no hay luz en la casa. De hecho, no hay ni una sola luz encendida en los tres pisos del edificio. A lo mejor está mirando la televisión, tomando vino blanco, deseando que alguien llame a su puerta para invitarla a salir. Erhard necesita un trago de algo fuerte que lo anime y lo ayude a desinhibirse. No tiene sentido estar allí con cara de circunstancias, mirándola como un jodido extranjero. Sube la calle y luego sigue por la vía Ropia. Baja hacia Centro Atlántico. Siempre hay mucha actividad allí, mucho turista y gente que no conoce. Entra en Flicks y se acerca a la barra. Pide un *rusty nail* e invita a un par de campesinos a una ronda. Los dos se dedican al cultivo de olivas y, desde luego, no están acostumbrados a la vida nocturna de la ciudad. Su primera idea era ligarse a unas señoras, pero resulta que han acabado arrinconados detrás de una palmera, como dos ratoncitos asustados que casi ni se atreven a salir de su escondite.

3

Quedan dieciocho minutos. En la pared del fondo hay una tele que emite imágenes de Times Square, y las largas agujas del Big Ben están llegando a las doce. El camarero grita: «¿Listos para entrar en el nuevo año?». Suena tan sencillo y esperanzador... Como si pudiera dejarse atrás todo lo viejo y comenzar el nuevo año de cero. Sólo llevarse lo nuevo. Pero lo nuevo no le dice nada. No es lo suyo. No necesita lo nuevo. No desea nada que sea nuevo. Sólo quiere que lo viejo se porte bien. Diecisiete minutos. Todavía podría llamar a su puerta y desearle feliz Año Nuevo. A lo mejor lo recibe vestida con un salto de cama, o como se llame eso. Tal vez haya estado varias horas tomando vino blanco mientras miraba viejos capítulos de la serie *7 vidas*, esa que le gusta a todo el mundo. Y tiene el pelo húmedo porque acaba de darse una ducha refrescante.

Todos quieren salir a la calle en ese mismo momento. Alguien está a punto de tirarle del taburete. Paga con un billete de los grandes y recuerda por qué no frecuenta estos bares para turistas que cobran más de veinte euros por un whisky y un drambuie. Sigue la multitud y vuelve a la calle Palangre. Cruza la calle y entra en la portería. Es un edificio de la época de Franco; la escalera es muy sencilla y está pintada de color azul cobalto. Sube al primer piso y lee los nombres de las tres puertas del rellano. Se escucha música alta desde uno de los pisos, pero no hay ninguna Luisa ni una L.

Sube un piso más. Hay una pareja besándose bajo una lámpara que emite una luz institucional, pero se separan avergonzados cuando ven a Erhard, y bajan a la calle.

Se detiene un momento para recuperar el aliento y lee los nombres de las placas antes de subir al último piso. Tres plantas con tres puertas en cada rellano suman nueve puertas.

En el tercer piso, vive un Federico Javier Panos y un tal Sobrino. Y entre ellos dos vive Luisa Muelas. La placa de su puerta es grande y dorada. Las letras son grandes, grabadas en cursiva. Seguramente se la han regalado Petra y su marido. Es el típico regalo que los padres hacen a sus hijos treintañeros cuando, finalmente, abandonan el hogar en el que han crecido e inician una nueva vida por su cuenta.

Las tres casas de este rellano parecen estar en silencio. Coloca la oreja en la puerta de Luisa Muelas. Casi está deseando que no esté en casa. Pero se oyen unos sonidos débiles, como de traqueteo, chirridos y murmullos sutiles, probablemente procedentes del televisor.

Se endereza y llama a la puerta con su mano buena, la derecha. Golpea la parte de madera lisa que rodea la mirilla. Faltan cuatro minutos para las doce. Es muy probable que el sonido de sus golpes se pierda entre el ruido de los festejos de la ciudad.

De repente, ve una cara reflejada en la placa.

Es una cara descompuesta. Una cara de súplica, de confusión, dominada por unos ojos envueltos en capas de arrugas y piel gastada; todo concluye en una barba que habla de cansancio y derrota. Es una cara desesperada. Puede ver el amor y el dolor de ese rostro, y también décadas de alcohol y de soledad. Ve la cara de un observador cínico que evalúa a los demás cegado por sus prejuicios. Es una cara terriblemente retorcida, inaccesible, desagradable e imposible de amar. Pero lo peor de todo es que esa cara es la suya. Es la cara con la que sólo se cruza fugazmente en el espejo retrovisor del coche, o en los deformados espejos de algún lavabo público, o en el escaparate de una tienda, porque es una cara con la que prefiere no toparse. Sólo tiene una pregunta que hacerle a ese rostro.

«¿Qué puedes ofrecer tú?»